

Anastasio Camiñas Hernández

Profesor Asociado de Comunicación
Audiovisual y Publicidad de la
Universidad de Málaga

El péndulo de la desinformación: De la sociedad del conocimiento a la sociedad del miedo y el terror.

En las últimas décadas del siglo XX se impuso un "nuevo orden mundial" que iba a coincidir con la caída del Telón de Acero y el desmoronamiento del comunismo. Sucesivas crisis de tipo económico, energético y estructural del sistema capitalista habían llevado a las naciones poderosas a una especie de callejón sin salida. De tal forma que éstas optaron por imponer una

nueva agenda que nos llevaría inexorablemente hacia el liberalismo económico actual. Era el año 1995 cuando surgió la Organización Mundial del Comercio (OMC), un organismo que, junto al Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, iban a otorgar todo el protagonismo del desarrollo global a las compañías multinacionales, la mayoría de ellas estadounidenses. Así lo atestiguaban en Singapur, en noviembre de 1996, cuando esas poderosas organizaciones económicas emitieron conjuntamente una declaración de principios en la que señalaron que había llegado la hora y el desafío de construir los cimientos de la política global del comercio, de las finanzas y del desarrollo "coherente" para sentar las bases de la prosperidad global .

De esta forma entrábamos de lleno en la globalización, un proceso dominado por la lógica de la rentabilidad corporativa. A su vez, esa etapa sería auspiciada por la ideología dominante del neoliberalismo, mientras que desde Estados Unidos se instaba a todos los países occidentales a que abriesen y liberalizasen el comercio y los mercados, entre ellos, el de las telecomunicaciones. Estábamos inmersos, se dijo, en una nueva era, la de la sociedad de la información e internet (la sociedad del conocimiento) e incluso se propagó desde distintos ámbitos oficiales y mercantiles que las sociedades serían más libres y que los ciudadanos controlarían más sus propios destinos gracias a los desarrollos de las nuevas tecnologías y a un mejor y más fácil acceso a los medios de comunicación.

Un anticipo de todo aquel nuevo mundo-red había sido, sin duda, la puesta en escena de la primera guerra del Golfo, en 1990, donde por vez primera se activaba al unísono un complejo despliegue técnico, militar y propagandístico "invisible" que iba a trasladar a los ciudadanos del mundo la idea de que cualquier acontecimiento podía ser, desde ese momento, observado a escala global y en directo a través de los grandes medios globales, como la cadena de televisión americana CNN. Ya en pleno siglo XXI, tras superar los miedos apocalípticos del Y2K, el "bicho informático del milenio", en el año 2000, e imponerse mundialmente las tecnologías móviles digitales y personalizadas como la nueva golosina electrónica de estos tiempos, los expertos sociales y los líderes políticos occidentales, encabezados por George W. Bush y Tony Blair, iban a definir el nuevo siglo como el de la "guerra indefinida contra el terrorismo". De una supuesta era de información y conocimiento íbamos a entrar de lleno en otra de terror, miedo y desinformación. Todo un aparente contrasentido.

Cuando tenía lugar en la ciudad sudafricana de Durban la Conferencia Mundial contra el Racismo, auspiciada por Naciones Unidas, y se habían puesto sobre la mesa temas de

gran trascendencia para el mundo como la cuestión árabe-palestina-israelí, la pobreza o la esclavitud, ocurrieron los atentados del 11-S en Estados Unidos. Este suceso tuvo tanta repercusión mediática como jamás antes lo había tenido otro en la esfera informativa/propagandística mundial, y, como diría Jean Baudrillard, se convirtió sin duda en la gran noticia sensacionalista del nuevo siglo, en "el acontecimiento absoluto y sin apelación" posible. Este suceso o performance, además de poner en marcha la maquinaria bélica y propagandística de la "guerra global contra el terrorismo" y las llamadas "guerras preventivas" iba a dar el espaldarazo definitivo al nuevo poder representado por los grandes consorcios de comunicación globalizados.

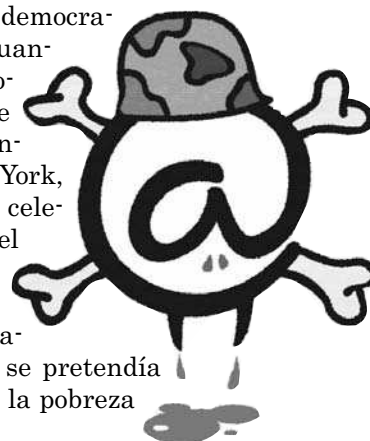
Mientras ciertos expertos e ideólogos señalaban la trascendencia de la nueva estrategia unilateralista estadounidense en materia de expansión política y económica, los medios de comunicación más poderosos se unían a esa estrategia dando paso a una nueva era, que podríamos llamar de la manipulación y la desinformación. Esta etapa se diferenciaba de otras anteriores en que, a través de esos medios, se proyectaba con mayor eco de resonancia un impacto visual y emocional sin precedentes sobre un imaginario colectivo global atenazado por las nuevas tecnologías comunicacionales. El operativo intelectual/propagandístico de la guerra, como siempre, se basaba en infundir miedo entre la población, demonizar a los "nuevos enemigos" de la libertad, resaltar los valores y la democracia occidentales -dentro de esta lucha oficial contra el fundamentalismo ideológico islamista de nuevo cuño- y promover la seguridad frente a las libertades civiles. El resto lo harían las armas "inteligentes" en Afganistán, Oriente Próximo o Irak y el "lenguaje colateral", tan bien representado por políticos, gabinetes de relaciones públicas y medios de comunicación.

Y amparándose en los hechos del 11-S, esa fecha de reminiscencias tan simbólicas e icónicas, el presidente George W. Bush y sus asesores del Gobierno y el Pentágono -muchos de ellos ya veteranos políticos con cargos estratégicos en anteriores gobiernos republicanos-, ponían en marcha una nueva "emergencia nacional" para defender y reorganizar el Estado de Seguridad Nacional. Esta estrategia, con su eslogan de la "guerra global contra el terrorismo", empezaría con el bombardeo masivo y las incursiones selectivas en Afganistán, en busca de Bin Laden, y seguiría con el posterior ataque e invasión de Irak, con la excusa de que el régimen de Sadam Husein era poseedor de armas de destrucción masiva y colaboraba con Al Qaeda, aspectos que nunca se pudieron demostrar. Asimismo, el primer ministro británico, Tony Blair, principal aliado de Estados Unidos, confirmaría las tesis estadounidenses y diría que "Irak representaba una amenaza real y única para la seguridad de la región y para el resto del mundo". Sus diatribas y disputas con la prensa y la oposición no le restarían popularidad, sino al contrario, y al igual que a Bush, le llevarían a triunfar en unas nuevas elecciones y a convertirse en la gran esperanza política para la vieja Europa, que veía como algunos de los países más influyentes en la construcción de la Unión, como Francia u Holanda, decían no a un extraño Tratado de Constitución europea al que los españoles fueron los primeros en dar su beneplácito.

Pero para recordarnos a todos el 11-S llegaría, tres años después, el 11-M, los atentados ocurridos en Madrid en torno a la estación de ferrocarril de Atocha. Muchas de las situaciones que se vivieron en Nueva York y Washington se volvían a repetir en España, donde, de nuevo cobraban gran protagonismo las víctimas de los atentados y sus historias personales y emotivas en los medios de comunicación. Asimismo, el "enemigo fundamentalista" volvía a ser una célula de Al-Qaeda que había pasado desapercibida para las fuerzas de seguridad y los servicios secretos españoles, aunque el Gobierno de Aznar -el otro gran aliado de Bush- hacía un osado despliegue de cinismo y manipulación informativa al identificar desde el primer momento a un comando etarra con los atentados de Madrid, hecho éste que, en buena medida, le costaría la pérdida de las elecciones generales del 14 de marzo de 2004, como señalarían la comisión parlamentaria que investigaría los hechos y numerosos análisis internacionales.

En medio de estas ofensivas del terror los países occidentales habían puesto en marcha leyes antiterroristas como la USA Patriot Act. Estas herramientas iban a permitir a la policía llevar a cabo intervenciones telefónicas, vigilar y detener a cualquier persona sospechosa de ser terrorista o cómplice de terroristas. Todo esto ocurría mientras los cientos de prisioneros de la guerra de Afganistán recluidos en jaulas metálicas en la base militar de Guantánamo, en Cuba, pasaban prácticamente al olvido de los medios de comunicación. Pero la guerra de Irak, aunque fue oficialmente declarada la victoria americana y el fin de la misma por parte de George W. Bush, seguía su curso. Y los medios de comunicación hablaban indistintamente de resistencia, terroristas o insurgentes para referirse a los grupos que luchaban en Irak contra los ocupantes de la coalición occidental. Las escenas de tortura en la cárcel de Abu Graib, publicadas por algunos diarios británicos y estadounidenses, no hicieron sino poner más énfasis informativo sobre el conflicto iraquí. Apenas se hablaría, en cambio, en los medios de las tareas desarrolladas por la Provisional Coalition Authority, dirigida por Paul Bremer y compuesta por siete estadounidenses, un británico, un australiano y el ministro de exteriores de Irak, que serían los encargados de gestionar las riquezas petrolíferas iraquíes. Aunque sí se dio suficiente propaganda a la configuración de un gobierno de coalición iraquí en medio del conflicto y a la celebración de las llamadas "primeras elecciones democráticas" en ese país.

Todo parecía seguir su curso en la reconstrucción y "democratización" de Irak y en la "guerra global contra el terrorismo" cuando, tras una breve pausa más táctica que real, volvieron a producirse atentados terroristas y conflictos en la zona de Oriente Próximo. Pero, de pronto, los medios globales empezaron a centrar su enfoque sobre la lucha entre las ciudades de Nueva York, Londres, París, Madrid y Moscú, aspirantes y candidatas a celebrar los Juegos Olímpicos de 2012. La lucha final se decantó el 6 de julio de 2005 a favor de Londres, mientras que la gran perdedora era, de nuevo, Francia y su capital París. Además, los jefes de Gobierno de los países del G-7 y Rusia se preparaban para celebrar una polémica reunión en Escocia, donde se pretendía debatir sobre la posibilidad de crear un plan de lucha contra la pobreza y condonar la deuda externa a África.



No obstante, la euforia de los británicos y del mundo anglosajón por el sueño olímpico se vería frustrada de nuevo el 7 de julio, cuando una serie de bombas estallaron en el metro y en un autobús de Londres. A partir de entonces se dejó de hablar de lo que había sucedido en la reunión del G-7 en Escocia. Pocos días después y tras crearse falsas alarmas de nuevas bombas en medios de transporte en Bruselas, Varsovia, Copenhage o Roma, que sin duda propagaron la psicosis del miedo entre los ciudadanos europeos, las autoridades británicas empezaron a dar los nombres de los supuestos terroristas suicidas que, según la versión oficial, habían operado dentro de una célula terrorista de Al-Qaeda radicada en la ciudad de Leeds. Todos eran, al parecer, jóvenes de buen talante, según sus vecinos y conocidos, que habían conseguido burlar los férreos controles de la seguridad del Estado. Esto ponía de manifiesto, de nuevo, ante la opinión pública que nadie estaba a salvo de la amenaza terrorista. Y los medios de comunicación, mientras tanto, en lugar de preguntar sobre las claves de los atentados, las medidas de seguridad utilizadas para su prevención o cómo funcionaban los resortes de la "guerra contra el terrorismo" en la vida cotidiana, seguían haciendo énfasis en las historias emocionales de las víctimas y asistiendo a ruedas de prensa donde no se permitía hacer preguntas. Esta es una práctica que se ha puesto de moda en los nuevos tiempos en muchos países democráticos y que, en cierta medida, alerta sobre la connivencia entre políticos y medios de comunicación y pone en cuestión el papel de "vigilantes" que deberían ejercer los medios sobre los grupos de poder en una democracia real.

Además, la historia inducida de pánico y terror emocional en la que vivimos se reproducía de nuevo el 21 de julio, en el mismo metro de Londres, donde volvían a explotar varios artefactos, esta vez sin víctimas mortales, y la gente se quedaba de nuevo sin respuestas. El propio Blair señalaba que ese nuevo "incidente" tenía como objeto "aterrorizar y preocupar a la gente".

Tales realidades nos llevan a la sospecha de que en estos momentos podríamos estar viviendo, quizás, un nuevo modelo de totalitarismo, ejercido por los gobiernos más poderosos en nombre de la seguridad y la defensa de la democracia, una democracia que cada vez es menos participativa. No debemos olvidar que la esencia de la propaganda es la presentación de un solo aspecto de la realidad o de los hechos y la limitación deliberada del libre pensamiento y de la pregunta. Esta situación se da cada día con mayor énfasis en una sociedad donde imperan las técnicas de la sugestión más sofisticadas en aras de salvaguardar esa especie de entequeia a la que llamamos seguridad. Pero, en suma, y como diría Nancy Snow, la guerra de propaganda, a la que se quiere dar ahora un carácter más amable que antaño, no deja de ser la parte más inseparable y predominante en la nueva "guerra contra el terrorismo", pues aunque es la parte más oculta es a su vez la más omnipresente. Y sucede que, si bien tenemos los occidentales acceso a una gran cantidad de información comercializada, ésta sólo beneficia a quienes la promueven, a la desinformación y la ignorancia. No en vano vivimos en la sociedad del espectáculo, el marketing y el consumismo.

Como diría Paul Virilio tras el 11-S, después de una etapa de 40 años de "equilibrio del terror" hemos entrado en un periodo de "desequilibrio del terror", ya que "en Nueva York estalló la primera guerra de la mundialización", una guerra sobre las conciencias que tiene diversos frentes y episodios y en la que los ciudadanos del mundo, cada vez más tecnológicamente globalizados, pero, también más indolentes y desestructurados (pese a los millones que salieron en su momento a las calles a protestar contra la guerra), no saben muy bien quiénes son sus verdaderos enemigos ni por qué son atacados con tanta insistencia.

